



**REFLEXIONES MEDIEVALES,  
CUESTIONES CONTEMPORÁNEAS**

**Ricardo O. Díez**  
(Compilador)





**REFLEXIONES MEDIEVALES,  
CUESTIONES CONTEMPORÁNEAS**

---

Díez, Ricardo O.

Reflexiones medievales, cuestiones contemporáneas / Ricardo O. Díez  
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Academia Nacional de  
Ciencias de Buenos Aires, 2022.

Libro digital, PDF/A

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-537-172-9

1. Filosofía Medieval. I. Título.

CDD 180

---

# **REFLEXIONES MEDIEVALES, CUESTIONES CONTEMPORÁNEAS**

**Ricardo O. Díez**  
(Compilador)



# ÍNDICE

La relación de los cristianos con el mundo en el <i>Discurso a Diogneto</i> . Aproximaciones contemporáneas <b>Juan Carlos Alby</b>	11
El árbol de la vida Reflexiones sobre algunas obras de arte cristianas <b>María Sara Cafferata</b>	27
La cuestión de los bienes morales en la <i>Consolatio</i> de Boecio <b>Nahima Caram</b>	49
El trascendental <i>unidad</i> en la <i>Summa fratris Alexandri</i> Aproximación a sus fuentes <b>Gerald Cresta</b>	59
Los símbolos y las metáforas nos ayudan a conocer a Dios <b>Rafael Cúnsulo</b>	73
El ejemplarismo divino en Tomás de Aquino: un problema hermenéutico <b>Fernando G. Martin De Blassi</b>	89
La necesidad de la contemplación <b>Ricardo O. Díez</b>	107
Los que viven en la montaña. Imaginería geográfica en Margarita Porete <b>Laura Carolina Durán</b>	125
“Ora Et Labora”. Reflexiones en torno al “Sentido Sagrado” Del Trabajo Humano <b>María del Carmen Fernández</b>	141
La Belleza de la Metafísica <b>María Raquel Fischer</b>	157

La cuestión de la autoría en el <i>corpus</i> místico de Helfta <b>Ana Laura Forastieri, OCSO</b>	179
San Martín de Tours y la debatida ejecución de Prisciliano de Avila (350-385) <b>Francisco García Bazán</b>	197
El gobierno divino en la vida del hombre y de los demás seres del universo en el Comentario de Santo Tomás de Aquino al <i>De Divinis Nominibus</i> <b>Sofía Victoriana Giacosa</b>	213
Una aproximación a la discusión sobre el tema de la existencia en la baja edad media: Egidio Romano y su <i>Theoremata de esse et essentia</i> <b>Cecilia Giordano</b>	223
<i>“finis naturalis hominis...contemplari videlicet et delectari in Deo”</i> : Una reflexión sobre la vocación del hombre en el <i>Sermón 25</i> de Isaac de la Estrella <b>Pedro Edmundo Gómez, osb.</b>	237
La escritura y sus prostituciones El <i>phármakon</i> de la escritura en Clemente de Alejandría <b>Martín Grassi</b>	249
La teología política del Espíritu Santo como puente entre el mundo medieval y la filosofía contemporánea <b>Fabián Ludueña Romandini</b>	259
Reflexiones medievales, cuestiones contemporáneas <i>Mi amor es mi peso</i> . Afectividad y libertad <b>Marisa Mosto</b>	271
<i>Ens</i> y <i>existens</i> en Egidio Romano La reducción del “ser” a un género por mediación de la “esencia” <b>Fernanda Ocampo</b>	287



El lenguaje poético en la dimensión estética de Nicolás de Cusa <b>Sonia Amambay Ortega Vera</b>	303
El debate político en el <i>Contra Celso</i> de Orígenes <b>Leonardo Vicente Pons</b>	315
Libertad y sentido. Las emociones como camino <b>Luisa Ripa</b>	331
La oracion de los salmos en los monjes y monjas medievales <b>Fernando Rivas</b>	343

# **LA ESCRITURA Y SUS PROSTITUCIONES**

## **EL *PHÁRMAKON* DE LA ESCRITURA EN CLEMENTE DE ALEJANDRÍA**

Martín Grassi\*

Hay cosas que no todos deberían escuchar. Algunas pocas, sobre todo. Esas cosas que son muy íntimas, que nos involucran demasiado. Aquellas que nos ponen en peligro si la gente las supiera. Hay cosas que no todos debieran saber. Aquellas pocas que, por su importancia y por su dignidad, no debieran alcanzar las mentes toscas o inmaduras. Aquellas cuya integridad pelagra si la gente las aprende. Porque no solo se protege la valía de la propia persona, sino que se custodia también la dignidad de nuestras creencias fundamentales. Hay que cuidarse de exponer, poner a disposición, sacar afuera, desguarecer a aquellas creencias que nos son más queridas por ser las más íntimas, por ser las más propias, por ser aquellas que estructuran nuestra personalidad y nuestro proyecto existencial. Hay cosas que es mejor mantenerlas en secreto, enclaustradas en nuestro corazón, o dentro de la sala en la que todos los convidados comparten esta pasión y este celo por aquello que tanto se estima.

Y, sin embargo, uno vuelve a cometer una y otra vez la misma torpeza; de vuelta, una vez más, siempre, nos gana esa pulsión por asomar al exterior aquella criatura que mejor sería dejarla encerrada.

\* Doctor en Filosofía (UBA). Investigador Asistente de Filosofía (UCA – CONICET). Profesor de “Antropología Filosófica” y de “Teología Filosófica” (UCA). Mail: martingrassi@uca.edu.ar

Otra vez sentimos esa necesidad de que una materia que no es la del corazón (*cor*) ni es la del aire trémulo acoja el secreto. No. Vaya a saber por qué, el corazón no es de fiar del todo: el interlocutor del recordar es despistado, ciclotímico, demasiado pasional como para guardar fielmente lo que alguna vez uno depositó allí. Tampoco las vibraciones del aire ofrecen una garantía de supervivencia a los secretos compartidos: en el susurro de los confidentes, en el camino entre la lengua que percute y el oído percutido, el medio es demasiado volátil, y las palabras que transportan las constelaciones que nos guían son arreatadas por la mínima de las brisas. Y así como el propio corazón no es de fiar, tampoco hay que confiar en el que palpita del otro lado. Es el tiempo, en realidad, lo que depara el necesario olvido: no hay mala voluntad ni de mi corazón, ni tampoco del corazón amigo. No. Es el tiempo y su aliado. Es el transcurrir con su diferir constante lo que hace del medio cordial y del medio aéreo ser tan etéreos y volubles como aquello que transportan y que pretenden salvar. Y por eso, una y otra vez, volvemos a imprimir sobre otro medio, sobre un medio que es otro, que no soy yo, que no sos vos, que está allí afuera, en el mundo, en la tierra, allí, adonde sea, pero allí, sin más, allí para siempre, *grabado en piedra*. Y si bien el tiempo y el olvido no dejan de erosionar las tablas, al menos su trabajo asesino es menos eficiente... al menos la palabra sobrevivirá, tan solo sea por un rato más.

Una y otra vez volvemos a escribir lo secreto. Una carta de amor cuyo único destinatario soy yo mismo; una consigna revolucionaria y un plan de acción que solo leerán los cómplices en lo clandestino; un testamento que queda solo para los beneficiarios. Y, sin embargo, por estar escrito, los destinatarios ya no son aquellos consignados en el frente de la carta. Por estar escritos (*ex - critos*), por estar allí expuestos, hechos letra, los secretos escapan de la intimidad de lo propio y de la clausura de los cónclaves: dar la escritura es dar la llave a la morada que se quería inaccesible. Hecho texto, el secreto se hace público. No hay intimidad de la escritura, no hay una *inmunidad textual*: apenas se rasguña la piedra, lo propio se hace carne, y se entrega a su otra muerte, no aquella del olvido, sino aquella del otro. Porque escrito, lo mío y lo nuestro es tuyo y es de todos. No hay queja suficiente ni denuncia pertinente; sin pretextos, el otro se hace de lo escrito porque soy yo el que se lo ha ofrecido, aún sin quererlo. Por evitar la muerte de una diferencia, entrego mi secreto al rapto por manos ajenas. De diferencia en diferencia, de un diferir a otro, lo que quiera resguardar está herido para siempre en su exposición. *Lo escrito, escrito está*: lanzado al mundo para conservarse, el texto está destinado al juego interminable e infinito de todas sus apropiaciones. Nacido, el texto será

para siempre un texto *entre otros*. Grabado, lo secreto será leído, tachado, remarcado, divulgado, mezclado, manchado.

Esta muerte en manos del otro evita la muerte más terrible en manos del olvido. Lo escrito muere de diferencia, pero es también redimido en este otro, salvado por la *economía de las Reescrituras*. Hubo alguna vez una ciudad que se quiso redentora, resguardando aquello que había muerto en su escritura para renacer en su lectura. Un proyecto cuya pasión ígnea encontró también en el fuego el elemento que lo incinerara. Hubo una ciudad que supo hacer de la *conservación* el verbo de su inmortalidad icónica: Alejandría. Allí su biblioteca, allí su museo, allí el comercio de letrados, escritores, traductores, intérpretes. Allí el destino de textos saqueados, expropiados, comprados, regalados. Allí las cámaras en las que los rollos prometieran un futuro cargado de pasado, una tradición humana que sobrevivía en su *des-arrollo*, en su hacerse lectura, en el desplegarse de una única tela de letras sobre letras atadas tan solo a dos manubrios. Allí el sueño cosmopolita de una historia y un porvenir universales. Allí, donde los secretos de los antepasados, guardados con celo nacional, eran ahora objeto de uso del Pueblo humano, divulgado, popularizado, hecho público, *ecuménico*. Allí, donde el uso de los textos primaba sobre el destino sagrado de aquello que no debía tocarse sin previa autorización. Allí, en esta ciudad hecha de impresiones, tenía lugar una secularización antigua marcada por el más brutal sacrilegio: todo se hace texto, todo se toca, se marca, se contamina. Ya no hay rollo en que algo se mantenga oculto, confidencial, ya no nos enrollamos con el celo de lo secreto.

Allí, en Alejandría, en la ciudad *envenenada de texto*, Clemente escribía a regañadientes sus enseñanzas más queridas. Tejiendo desprolijamente sus *Stromata*, deseaba evadir inútilmente las dos muertes de aquello que atesoraba: la del olvido y la del otro. En el sendero que conectaba su hogar y la biblioteca, entre sus reuniones a puertas cerradas y sus conversaciones en los pasillos del museo, Clemente escribe imposiblemente sus enseñanzas *para unos pocos, y para que sean conservadas*. Inclemente, el destino parece haberle dejado en claro la *idiotez* de dicho proyecto. Con su arte un poco macabro, la Noria ha dispuesto que todos podamos, hoy, acceder a lo que mejor quiso guardar Clemente, aún sin estar iniciados espiritualmente para poder recibirlos dignamente. Aunque, es verdad, tampoco podemos acceder del todo (destino travieso): las *Stromata* comienzan trucas, empiezan con la cicatriz que deja el golpe del olvido. Falta, en efecto, el primer folio del manuscrito de Clemente. Magnífica ironía de Dios, que le dio a la vez el olvido y el otro a este hombre celoso, diría un argentino ciego en el siglo XX. Así “comienza” el manuscrito: “para que los leas

(χειρα) continuamente y puedas conservarlos (φυλάξει)” (*Stromata*, I, 1.1).<sup>1</sup> Las primeras palabras de este alejandrino celoso ya son una deposición de armas, son ya signo de un abandono: su obra escrita está destinada a un lector (no importa quién sea, que al final somos todos) y busca salvar las enseñanzas del olvido. El texto nace un poco mutilado, con la consciencia de su doble muerte: lo leerá quienquiera, y se terminará perdiendo de algún modo. Promesa auto-cumplida diría algún pícaro, hoy. Pero, como si la ironía fuera poca, la providencia que es rica en chistes, ha dejado que el manuscrito que conservamos muestre una otra cicatriz, la intervención de una mano ajena: este texto que se quiere inmune, reservado a unos pocos, y sin entrar en comercio con el infinito proceso de lecturas y reescrituras, comienza (¡clemencia!) con una *cita*. O al menos así quiso que empezara el Pedagogo. Que se trate de una cita al Pastor de Hermas, o se trate de una referencia a Platón, nos tiene sin cuidado. Toda las *Stromata*, y aún su primer capítulo dedicado a las ambivalencias de la escritura y de la enseñanza de los misterios cristianos, comienza con una cita, comienza con el dispositivo más propio de los textos, aquél que expresa la *dis-posición* y *dis-ponibilidad* de todo texto para todos los textos porvenir, aquél que nos recuerda que todo nuevo texto no es más que una reescritura y una reapropiación de un texto *delvenir*.<sup>2</sup>

Lo que nos queda del manuscrito empieza con esta cita, en la que encontramos el verbo χειρώω, que significa: “manipular, tomar posesión de, manejar, controlar, tomar como prisionero”; también significa “traer algo a las manos de alguien, o dárselo en poder, como algo conquistado”. La traducción por “leer” de Merino Rodríguez se comprende por el contexto del primer capítulo respecto a la problemática de la escritura. Sin embargo, la semántica de este verbo tiene que ver con la de la *apropiación*, que es, en realidad, el fantasma que persigue a Clemente a lo largo de los pasadizos de este primer capítulo de las *Stromata*. Clemente le entrega su tesoro al lector para que se lo apropie, para que haga uso *continuo* de él, y a partir de dicho uso poder conservarlo. No hay conservación sin expropiación; tampoco hay conservación sin uso -ese uso que es también el factor de su deterioro. Claro que el problema es quién va a hacer uso de este texto. Si Clemente lo entrega y lo da en posesión a alguien, es porque este alguien debe ser digno de recibirlo, capaz de hacer un buen uso de él. Aún más, ¿quién es uno para legar un escrito? La dignidad de estos

1 Clemente de Alejandría. *Stromata I: Cultura y Religión*. Madrid: Editorial Ciudad Nueva, 1996. Edición bilingüe, con Introducción, traducción y notas de Marcelo Merino Rodríguez.

2 Por qué no llamar al pasado así, si llamamos al futuro *por-venir*.

dones no está solo en quien lo recibe, sino también en el donatario. Es una pregunta por la *distinción*: la escritura y la lectura son una cuestión de élite, una cuestión de dignatarios, una cosa de unos *pocos*. No cualquiera. Y así como los buenos hijos que traerán prosperidad provienen de los buenos padres, así también los textos que proclamen la verdad serán aquellos de provecho que leguen los escritores virtuosos (*Stromata*, I, 1.2). No cualquiera. Para el cultivo del alma es preciso esta “plantación espiritual” (πνευματικὴ φυτεία), esta *palabra-semilla* que caiga en el *discípulo-tierra* (*Stromata*, I, 1.3). Un cultivo que se da en el diálogo, allí donde un alma se une a otra alma, allí donde los dos espíritus encontrados hacen crecer esta semilla-palabra y producen vida, en una relación paternal-pedagógica en la que “todo el que es educado viene a ser hijo del educador en virtud de la obediencia (καθ’ ὑπακοήν)”, y en la que el hijo no debe olvidar las leyes del padre (*Stromata*, I, 2.1). Palabra que es hablada, escuchada; diálogo en el registro del aire, y no aún en el de la piedra. La obediencia a la *monarquía* paterna es cosa de la oralidad; a la textualidad parece corresponder la *anarquía*. Aquí la formulación del problema: “Y aunque la gnosis no es [patrimonio] de todos (εἰ δὲ μὴ πάντων ἡ γνῶσις), (...) los libros son para las multitudes (τοῖς πολλοῖς τὰ συγγράμματα)” (*Stromata*, I, 2.2). El añadido de *patrimonio* es locuaz: mientras que la oralidad permanece en familia, la textualidad abandona los territorios de la economía. *Ya no hay manera de administrar lo enseñado cuando se hace escritura*. Y, sin embargo, el riesgo de ofrecer las enseñanzas a las multitudes no deja de estar bajo otra Providencia, esta vez con mayúsculas, esta vez la del Padre de todos. Aunque el texto quede por fuera de cualquier administración de su autor, no deja de estar bajo la misteriosa tutela del Autor de toda historia y del Maestro de toda verdad. La angustia de todo dejar nacer, de todo abandono de lo que amamos en las tierras inhóspitas del mundo termina por hacerse fe y esperanza. Clemente escribe sus *Stromata*, aún sabiendo los peligros de ofrecer lo sagrado a unas manos torpes que lo profanen, y busca que aprueben y comprendan su audacia de escritor.

Si dos personas anuncian la Palabra, una por escrito (τῇ γραφῇ) y otra oralmente (τῇ φωνῇ), ¿cómo no aprobar a ambas, puesto que por la caridad han hecha operativa la fe (ἐνεργὸν τὴν πίστιν)? La responsabilidad de no escoger lo mejor es de quien elige; la causa no es Dios. De ahí que a unos les corresponda colocar a interés la Palabra (ἐκδανεῖσαι τὸν λόγον), y a otros examinarla y elegirla o no; el juicio se cumple en ellos mismos (ἡ κρίσις δὲ ἐν αὐτοῖς κρίνεται). No obstante, la ciencia de la proclamación (ἡ κερυκικὴ ἐπιστήμη ἥδη πως ἀγγελικὴ) es en cierta medida tarea angélica y de cualquier forma que se realice,

con la mano (διὰ τε τῆς χειρός) o mediante la voz (διὰ τε τῆς γλῶττης), es provechosa; *porque quien siembra en espíritu cosechará del espíritu la vida eterna; no nos cansemos, pues, de hacer el bien* (Gal. 6, 8.9). Por tanto, el que encontrare [esa ciencia], por divina Providencia (κατὰ τὴν θεῖαν πρόνοιαν), obtiene los mejores bienes: el comienzo de la fe (ἀρχὴν πίστεως), el deseo de una conducta recta (πολιτείας προθυμίαν), el caminar hacia la verdad (ὁρμὴν ἐπὶ τὴν ἀλήθειαν), el anhelo de la investigación (κίνησιν ζητητικὴν), la huella de la gnosis (ἵχνος γνώσεως); por decirlo brevemente, se le conceden los medios de la salvación (εἰπεῖν ἀφορμὰς δίδωσι σωτηρίας). Además, quienes se alimentan auténticamente con las palabras de la verdad (ἐντραφέντες γνωσίως τοῖς τῆς ἀληθείας λόγοις) también reciben el viático para la vida eterna y le conceden alas para volar al cielo (ἐφόδια ζωῆς αἰδίου λαβόντες εἰς οὐρανὸν πτεροῦνται) (*Stromata*, I, 4.1-3).

Aún dentro de un marco platónico, Clemente no está tan dispuesto a contraponer la voz y la letra como si una estuviera viva y la otra muerta: ambos medios son eficaces cuando están animados por la *caridad*. La escritura, aún en sus ambivalencias, pasa a tomar una función primordial, puesto que *pone en obra la fe*. La letra expone, lanza al mundo, efectúa, realiza, mundaniza, hace carne la verdad. Aún podría pensarse que la oralidad, en su dimensión expositiva, *energúmena*, se comprende mejor si se la considera en analogía con la escritura: quizás, en vez de que la escritura sea un pálido reflejo de la oralidad, sea ésta el eco de aquella. Quizá, que la Palabra se haga Carne, se haga Obra, se haga Mundo, es más un acto textual que uno oral. Pero, en todo caso, en esta apología Clemente se despegaba de un socratismo que condena al escritor y a sus grafías. En esta puesta en obra, cada quien se hará responsable de lo que coseche y siembre: el escritor está dispensado de un proceso que ya está fuera de su control y soberanía, y el mal o buen uso será materia de discernimiento de cada persona. Y será Dios en su Providencia el Padre de todo padre, el Autor de todo autor, el Guía de todo guía: será Aquél que regule y ordene lo diseminado para que fructifique acorde a su Divina Economía. El escritor será un “operario del Señor” (ὁ τοῦ κυρίου ἐργάτης), un “agricultor divino” (θεῖος γεωργός) (*Stromata*, I, 7.1). Tal parece ser la estrategia fundamental de Clemente: se dispensa por no poder controlar lo que su escritura suscite, y se dispensa también al confiarle su obra a Dios. Es algo que sabemos todos los escritores, que el primer gesto de la escritura es abandonar el texto a otras manos, y que su manutención ya sea tarea de otros. Y, cuando la Divina Providencia así lo disponga, quien encuentre estos escritos *ex - clamatorios* del saber de Dios encontrará el principio de la fe, la guía moral, la fuerza de la intelección... la “huella

de la gnosis". Segundo guiño a una cierta primacía de la textualidad. Cuando Jacques Derrida lleva adelante su *gramatología*, una de las metáforas más fuertes para comprender la naturaleza del *texto* es la de *huella*. Esta imagen presenta las notas primordiales de un texto: es una marca que puede ser interpretada como teniendo una determinada dirección, como refiriendo a quien la ha marcado, y como un trazo que puede ser iterado o repetido (como cuando se dice "seguir la huella"). Pero es también algo que puede ser borrado o tachado o modificado, *co-rregido* (compartiendo la mano regia del autor con la otra mano que sacude su soberanía). Que Clemente use esta imagen al lado del sustantivo *gnosis*, que es el fin último de toda relación teológica, de toda *theosis*, de una fe que alcanza la visión y el conocimiento, es, al menos, llamativo.

La escritura se hace con la mano. Esta idea de manipulación (διὰ τε τῆς χειρός), que aparecía en la primera línea del manuscrito, vuelve al rollo para reivindicar este uso y este juego de apropiaciones que es tan propio de la escritura. Pero, de nuevo, este juego de las transacciones y malversaciones está salvado desde arriba. Quien proclama, decide "colocar a interés la Palabra" (ἐκδανείσαι τὸν λόγον). El verbo ἐκδίδωμι significa, entre otras cosas, "vender, alquilar, prestar dinero, o invertirlo". Interesante que quien no posee algo pueda ponerlo en interés, como es el caso de la Palabra. Y es que la Palabra (o el Sentido) no pertenece a nadie, sino que es materia de continua negociación y de comercio. El Sentido *se usa*, no *se domina*. Que a continuación haga Clemente alusión a la *Eucaristía* es un gesto de genialidad. Se trata de una figura que es a la vez un *alimento* y un *viático*, una práctica de manducación, de llevar con la mano a la boca, y de un ser llevado por Dios a su Carne. Se trata de un *comercio* entre Dios y el hombre, de un acto de donación y agradecimiento, de un acto entre dos, un acto *inter-esado* (y recordemos que la forma de la hostia es también la de una moneda).<sup>3</sup> Y, como en todo comercio, las ambivalencias de las contaminaciones entran a escena: para bien o para mal, la *inversión* está hecha.

Si el carácter *farmacológico* de la escritura se jugaba en el *Fedro* platónico en el orden del conocimiento y de la reproducción, en el

---

3 Las metáforas comerciales aparecen de nuevo: "Pero quien habla por medio de apuntes se purifica ante Dios, proclamando estas cosas por escrito, sin ánimo de lucro, ni por vanagloria; sin dejarse prevenir por el deseo de la pasión, ni esclavizar por el temor, ni excitar por la voluptuosidad. Sino que persigue tan sólo la salvación de sus lectores, de cuya recompensa ni siquiera él participa en el presente, sino que aguarda con esperanza aquella otra que le será otorgada por quien prometió dar a los obreros el salario merecido" (*Stromata*, I, 9.2).



orden de la memoria y de la conservación, en Clemente la escritura es una *droga* que, o bien puede traer la salvación, o bien precipitarnos a la condena. De allí la relación ambigua de Clemente respecto a la filosofía griega, que por un lado acusa de haber robado sus verdades a la enseñanza mosaica, y que, por otro lado, la alaba como un don de Dios. Y lo llamativo es que retoma la ambivalencia de la escritura en Platón para enfatizar, por un lado, la dignidad de los verdaderos maestros, cuya tradición es oral, pero que también utiliza, por otro lado, para excusar su texto en pos de arrancar las enseñanzas de las manos del olvido. De allí que esta ambivalencia se traduzca en un *estilo* de escritura, y su obra se titule *stromata*, es decir, *miscelánea*: su obra “no ha sido compuesta artísticamente para la publicidad”. Por el contrario -se dispensa Clemente- la obra “versa sobre notas (ὑπομνήματα) que yo guardo para mi vejez, y que son un *remedio/droga/veneno* frente al olvido (λήθης φάρμακον), sencillamente un *reflejo* (εἶδωλον) y *esbozo* (σκιαγραφία) de aquellos brillantes discursos y llenos de vida (τῶν ἐναργῶν καὶ ἐμπύχων ἐκείνων), dignos de ser escuchados (ἐπακοῦσαι), y pronunciados también por unos hombres felices y realmente merecedores de toda estima” (*Stromata*, I, 11.1). La sospecha ante lo textual es tal, en Clemente, que llega a afirmar que “los misterios, como Dios mismo, se confían a la palabra y no a los escritos” (*Stromata*, I, 13.1), y que “lo secreto será revelado a quien lo escucha secretamente” (*Stromata*, I, 13.3). Y es que “es imposible que haya escritos que no lleguen a divulgarse (ἐκπεσεῖν)” (una frase que es, irónicamente, una cita)<sup>4</sup> (*Stromata*, I, 14.4). El celo por la dignidad de las enseñanzas de la *gnosis* parece desaconsejar, por ello, cualquier paso a la escritura.

Como puede notarse, la tensión en Clemente es profunda y no encuentra sosiego. Rescata, por un lado, la escritura; la menosprecia, por otro lado, sin reservas. En todo esto, sin embargo, hay algo que debiera llamar la atención especialmente: ¿acaso no es llamativo que Clemente, en la estela de Filón de Alejandría, sea partidario de la *exégesis alegórica*, siendo también tan suspicaz respecto a los peligros que desencadena la escritura? Propio de un celoso es guardar lo exacto, supervisar la fidelidad, clausurar las diferencias: una *exégesis literal* pareciera ser la modalidad más propicia para este tipo de carácter. Por el contrario, nada hay más alejado del celo que la *exégesis alegórica*. Gracias a ella no hay nada que no pueda ser usado arbitrariamente para dar un sentido a lo escrito; gracias a ella, la letra muestra todo su potencial semántico y se diseminan sus sentidos por

---

4 Pseudo-Platón, *Epístola* II, 314B (*Stromata*: p. 101, nota 128 de Merino González).

lugares insospechados. Gracias a la *exégesis alegórica* el texto entra sin restricciones en el gran tejido universal de la Literatura: *todos los textos, el texto*. Si la vivacidad de la oralidad se expresa con el prefijo δια que antecede al λόγος, la vida del texto encuentra otro prefijo para mostrarse: ἀλλ', que antecede al verbo de traslación. Los textos van de uno al otro. Pero aún más, es el espíritu el que se traslada de un sentido al Otro, de una palabra a Otra, de un texto al Libro. Se trata de un movimiento de doble dirección, de un *arribajo*, de un *abarriba*, de un arriba-abajo y vuelta. Como sucede en todo proceso alegórico-analógico, la unidireccionalidad es una ilusión. Nada más platónico: se eleva uno desde la materia al espíritu, desciende uno desde la idea a la letra; va de un símbolo a otro, de un signo a otro signo. Alimentarse de las palabras es asimilarlas, hacer uso de ellas, digerirlas, transformarlas; *metabolizarlas* (μεταβολή), es decir, revolucionarlas, lanzarlas hacia adelante, darles un porvenir, esparcirlas, abrirlas al tiempo y a su *diferancia*. Las alas para volar a las estrellas son también aquellas que nos permiten aterrizar sin estrellarnos. En el celo por la verdad y la *gnosis*, Clemente reivindica sorprendentemente la escritura, el proceso *poliamoroso* por antonomasia: ya no hay eugenesia ni control de la reproducción, ni institución matrimonial.<sup>5</sup> La *exégesis alegórica* no es sino una hermenéutica de la *in-stitución*, sino de la *pro-stitución*; es una hermenéutica que arroja hacia adelante, que *disemina*; una hermenéutica de la contaminación, de la polución, de la maculación, de la manipulación. Los celos de Clemente cedieron a los deseos de una copulación irrestricta. Todo está allí para su uso, para su apropiación-expropiación-reapropiación. Una hermenéutica de ladrones (Grassi, 2021). El socratismo oral se hace *gramatología* en Alejandría.<sup>6</sup> Pero aún pervive la sospecha y esa voluntad de élite, ese afán por lo esotérico, por lo secreto, por los privilegios de los pocos iniciados. El arte de un *Hermes del mercado* se hace *hermético*, un arte a puertas cerradas. En esta ambivalencia irresuelta en Clemente respecto a la relación de la palabra oral y escrita empieza la textualidad a convertirse en el problema *local* de la verdad. ¿Cómo entender una verdad que se

---

5 Clemente no deja, sin embargo, de celar los textos y la ciencia divina, intentando inmunizarlos respecto a otros textos. "No se ha de permitir -escribe- a los oyentes poner a prueba la doctrina mediante la comparación, ni exponerla al examen de quienes están educados en toda clase de artificios humanos, y cuya alma está llena de falsos sofismas de los que ni siquiera pretenden librarse" (*Stromata*, I, 8.1).

6 El mismo título de *Stromata* alude a un tipo o estilo de escritura que pertenece a una categoría de texto compuesto la mayor parte de citas y orientada a la filosofía (Merino González: 28). Es decir, el mismo título de *Stromata* alude a la intertextualidad esencial a todo texto, al hecho de que es la *cita* el primer gesto de toda escritura.

hizo Palabra, y una Palabra que es Carne, y una Carne que vive en un Libro, un Libro que es en sí mismo muchos y escrito en diferido, por muchas manos? ¿Cómo comprender las generaciones textuales venideras, cómo comprender el poner en obra la verdad de la escritura? A pesar de las muchas dudas, Clemente nos lega su obra escrita: su performance como escritor termina por invalidar sus anhelos de esoterismo y enseñanza mística. La *gnosis* se hace texto: viva la escritura, y que Dios nos ayude.